

Conéctate

CAMBIA TU MUNDO CAMBIANDO TU VIDA



Jesús: ¿Va mal el día?
Isabel: Sí.
Isabel: Todo me sale al revés.
Jesús: Cuéntame.

E-MAIL CON JESÚS

¡Nada más fácil!

PARA... MIRA... ESCUCHA

Cómo sacarle el jugo a la oración

PON A PRUEBA A DIOS

Curiosamente, ¡a Él le gusta!



Si eres asiduo cibernauta sabes muy bien que en Internet se ofrece información rápida y de fácil acceso. En vez de tener que desplazarse hasta la biblioteca a buscar algo en interminables estante-

rías de libros y otras publicaciones, uno puede encontrar lo que necesita conectándose desde su casa o su oficina a un motor de búsqueda o indexador de datos. Basta con ingresar unas palabras clave y apretar el botón de buscar. En apenas unos segundos aparecen en pantalla vínculos a numerosos portales del espacio virtual relacionados con lo que uno desea averiguar. Si bien es cierto que no siempre da uno con lo que quiere al primer intento —tal vez tenga que examinar bastante material antes de encontrar los datos específicos que busca, como antes tenía que hacer con las largas hileras de libros—, sin duda la Internet pone al alcance de la mano un mundo de información.

¿No sería estupendo que en vez de solamente proporcionarte información, la Internet pudiera resolver todos tus problemas, responder a tus interrogantes más profundos y satisfacer tus necesidades emocionales? Huelga decir que en el ciberespacio nunca será posible todo eso; pero con Dios sí lo es. Es más, se puede acceder a Dios más rápidamente y con mayor facilidad que a un banco de datos a través de la Web. Podría decirse que al crearnos, Dios ya instaló en nosotros todos los dispositivos y programas necesarios. Podemos acceder a Él en cualquier momento y desde cualquier sitio. El servicio es además gratuito, y nada queda al azar; no es una lotería en la que se acierta o se falla. Él siempre sabe exactamente lo que precisamos.

Lo único que necesitamos para hacer funcionar el equipo es fe. Ahora bien, esta se adquiere simplemente leyendo las instrucciones que nos presenta el Fabricante en Su manual, la Biblia. Además, quienes ya emplean el equipo y disfrutan de sus beneficios nos pueden proporcionar consejos y testimonios que incrementen nuestra fe. Hallarás unos cuantos en los artículos del presente número de *Conéctate*. Nuestro Dios es interactivo: *conéctate* con Él, y tú también podrás disfrutar y beneficiarte de cuanto Él ofrece, es decir, de TODO.

Gabriel Sarmiento
En nombre de *Conéctate*

Disponemos de una amplia gama de libros, casetes, compactos y videos que alimentarán tu espíritu, te infundirán ánimo, ayudarán a tu familia y proporcionarán a tus hijos amenas experiencias educativas. Escribe a una de las direcciones que se indican a continuación o visítanos en:

www.conectate.org

Conéctate
Apartado 11
Monterrey, N.L.
México, 64000

conectate@conectate.org
(01-800) 714-4790 (número gratuito)
(52-81) 8134-2728

Conéctate
Casilla de correo 14.982
Correo 21
Santiago
Chile
conectatechile@mi-mail.cl
09-4697045

Conéctate
Apartado Aéreo 85178
Santafé de Bogotá, D.C.
Colombia

conectate@andinet.com

Conéctate
Casilla 2005
Lima 100
Perú
RAYOSdeSOL@terra.com.pe

Activated Ministries
P.O. Box 462805
Escondido, CA 92046-2805
USA

activatedUSA@activated.org
(1-877) 862-3228 (número gratuito)

DIRECTOR
Gabriel Sarmiento

DISEÑO
Giselle LeFavre

PRODUCCIÓN
Francisco López

AÑO 3, NÚMERO 10
© 2002, Aurora Production AG.
Es propiedad. Impreso en Tailandia.
<http://es.auroraproduction.com>

A menos que se indique otra cosa, todas las frases textuales de las Escrituras que aparecen en *Conéctate* provienen de la versión Reina-Valera de la Biblia, © Sociedades Bíblicas Unidas, 1960.

DETENTE un RATO

Nyx Martínez

Las dos de la tarde. Frenéticamente me puse a pensar en cómo salir del atolladero en que me había metido. Acababa de salir de la última cita que tenía aquel día y de golpe me di cuenta de que no llevaba encima dinero suficiente. Me encontraba en un centro comercial con unas pocas monedas en el bolsillo. Tenía que tomar un autobús que en media hora me llevaría a la academia de canto, pero no me alcanzaba para pagar el pasaje. Ni siquiera tenía para llegar a casa.

Empecé a dar vueltas nerviosamente por el centro comercial. Estaba aturdida y alterada. «¿Cómo me metí en este lío?», pensé.

En ese instante, en medio de mi turbación, oí una voz familiar.

—Detente —me decía—. Detente y escucha un momento.

—¿Qué quieres que escuche? —respondí.

—Escúchame a Mí. Fíjate en lo alterada que estás. Lo peor que puedes hacer es seguir adelante cuando no sabes qué hacer.

—Está bien, Señor. No sé qué hacer —admití.

Decidí prestarle atención a Jesús.

—Entonces detente. Confía

en Mí.

La idea parecía sensata. ¿Qué podía perder? Oré:

—Jesús, en verdad quiero confiar en Ti. Te ruego que me ayudes.

Naturalmente, lo que quería era que me cayera algún dinero del cielo. Continué mi plegaria:

—No tiene que ser una cantidad muy grande; lo suficiente para llegar hasta a la academia y luego volver a casa.

Levanté la vista. Nada. Miré al suelo. Tampoco vi nada.

Aunque lo que estaba haciendo me parecía una majadería, resolví darle a Dios más que unos pocos segundos para responder a mi oración.

—Confía en Mí —me volvió a decir—. Todavía falta mucho para que empiece tu taller.

«¿Hay mucho tiempo para que se produzca un milagro?», me pregunté. No estaba segura.

Aminoré la marcha como para demostrar que tenía confianza. Con ello esperaba sosegarme. Se me fue apacando la sensación de rabia. Hasta me puse a cantar interiormente. La voz parecía indicarme por dónde debía dirigirme, en qué esquinas debía doblar dentro de aquel gigantesco centro comercial.

En ese momento vi a Joy y a Honey sentadas en un restaurante delante mismo de mí. Las había conocido unas semanas antes. Son modelos publicitarias y de pasarelas. Las únicas gemelas que hacen modelaje en la ciudad. Me saludaron con la mano y se mostraron contentas de que se hubiera producido aquel encuentro fortuito.

Aunque... ¿fue realmente casual?

Una hora después, me despedí de ellas. No me cabía duda de que Jesús había dejado caer dinero del Cielo, pero a Su modo: Joy me pidió que les hiciera un retrato a lápiz e insistió en pagármelo en el acto.

Ya tenía el dinero que me hacía falta, llegué temprano al taller y, como era de esperar, también llegué a casa sin contratiempos. Todo gracias a aquella delicada voz.

Ahora, cuando estoy ofuscada y me pongo a pensar: ¿cómo fue que me metí en este lío?, todo lo que tengo que hacer es detenerme, escuchar y pedir ayuda al Señor. •



Para... mira... escucha

David Brandt Berg

No se puede realizar la obra del Maestro sin Su poder y Sus fuerzas; y para obtenerlos, es preciso pasar tiempo con Él.

Tomaríamos decisiones mucho más acertadas y llegaríamos a ellas con más facilidad si en vez de razonar las cosas por nuestra propia cuenta nos tomáramos un tiempo para orar. Dios tiene todas las soluciones. Rezar no consiste solamente en arrodillarse y decir uno todo lo que quiere, sino más que nada, dejar que Dios nos diga lo que Él quiere. Cuando así hacemos, Él nos guía y nos instruye.

Si de veras quieres escuchar al Señor, Él te hablará. Pero para que eso ocurra, es preciso tomar un momento de recogimiento a solas con Él en algún lugar; tomar un rato de silencio. Él dice: «Estad quietos, y conoced que Yo soy Dios» (Salmo 46:10). «En quietud y en confianza será vuestra fortaleza» (Isaías 30:15). ¿Cuántos ratos pasas tú en «quietud y confianza»? >>>



La confianza plena en el Señor nos permite gozar de paz en medio de la tormenta.

Ahora bien, tampoco hace falta que nos postremos de rodillas y nos pongamos a orar frenéticamente para que Dios nos oiga. Orar debe ser algo continuo, independientemente de lo que se esté haciendo. Los momentos de quietud son importantes, pero no se puede esperar hasta que se den las condiciones ideales o se haya terminado de hacer esto o aquello para ponerse a orar. A veces hay que hacerlo mientras se hace otra cosa. Es como pensar mientras realiza uno sus actividades habituales.

Si estás que echas chispas, confundido y perturbado, es que no estás confiando. No tienes la fe que debieras. La confianza es una imagen de perfecta paz y serenidad, tanto en el plano físico como en la esfera mental y espiritual. Aunque tengas que seguir trabajando, tu actitud y tu espíritu estarán sosegados.

La confianza plena en el Señor nos permite gozar de paz en medio de la tormenta, disfrutar de calma en el ojo del huracán. Me acuerdo de un concurso de pintura que se celebró una vez en que se pedía a los artistas ilustrar el concepto de la paz. La mayoría de los participantes presentaron escenas campestres en las que reinaba una tranquilidad absoluta. Esa es una faceta de la paz. Sin embargo, la paz más difícil de lograr es la que retrataba el cuadro galardonado. Representaba los rápidos de un río, rugientes, atronadores, cubier-

tos de espuma por la violencia de la corriente, un lugar espeluznante. No obstante, en una ramita que se extendía sobre el trepidante río, se apreciaba un bellissimo nido en el cual, a pesar del convulsionado torrente, un pajarillo gorjeaba serenamente. Es en esos momentos cuando se pone a prueba nuestra fe: en medio de la tormenta.

¡Cuántos personajes de la Biblia tuvieron que aprender a escuchar a Dios y aguardar a que Él obrara!: David, Moisés, Noé, Abraham, el apóstol Juan, y el propio Jesús, por nombrar unos pocos.

David se pasó veinticuatro años trabajando para el inútil del rey Saúl. Y el Señor se valió del mal ejemplo de éste para enseñarle muchas cosas a David. Saúl en muchos casos se ponía impaciente y por pretender hacerlo todo con sus propias fuerzas, al final descubrió que éstas no le bastaban. David aprendió que tenía que dejar a Dios hacerlo todo y aguardar a que Él obrara.

Cuando Moisés era apenas un novato de escasos cuarenta años se creyó perfectamente capacitado para emprender la tarea que tenía entre manos. Sin embargo, armó un lío colosal y tuvo que huir para salvar el pellejo. Pasaron otros cuarenta años antes que Moisés escarmentara y aprendiera que tenía que depender de Dios (Éxodo, capítulos 2 y 3).

Después se vería frente a millones de personas que aguardaban instrucciones suyas en pleno desierto:

—¿Qué vamos a comer? ¿Qué vamos a beber? ¿Adónde vamos? ¿Qué hacemos?

Y ¿qué se le ocurre a Moisés en ese momento? Se retira a la cima de la montaña y se pasa allí cuarenta días

Si estamos muy ocupados para orar, estamos excesivamente ocupados.

seguidos con el Señor.

¿Qué habría sucedido si hubiera pasado todo ese tiempo impaciente y nervioso? «¿Y si algo anda mal? Debo regresar. ¿Qué va a pasar si Aarón labra un becerro de oro?», que fue precisamente lo que sucedió.

Luego, cuando Moisés se alteró y rompió las tablas en que Dios había escrito los Diez Mandamientos, tuvo que pasar otros cuarenta días en la montaña, en quietud y silencio, para volver a obtenerlos. (El relato íntegro se encuentra en Éxodo 24:12-18 y en los capítulos 32 y 34).

¿Quién sabe cuántos años estuvo Noé orando de los 120 que tardó en construir el arca? Algún tiempo tuvo que pasar a solas con el Señor. De lo contrario no habría podido recibir todas las instrucciones para armar aquella embarcación. Seguramente Dios le dio las pautas y medidas exactas para cada centímetro de la misma, y él se pasó 120 años montando su nave con toda la calma del mundo. Habría podido ponerse nervioso pensando que la lluvia se desencadenaría de un momento a otro y construirla chapucosamente. A nosotros a veces nos parece demasiado pasarnos 120 días preparándonos para algo. Sin embargo, él dedicó 120 años a escuchar al Señor y construir el arca. Noé tenía una fe tremenda (Génesis 6:11-22 y capítulo 7; Hebreos 11:7).

Considera los años que pasó Abraham, «el padre de la fe» (Romanos 4:11,16), en los campos apacientando el ganado. Con razón escuchó al Señor: tuvo tiempo de sobra para hacerlo.

Jesús mismo pasó treinta años de Su vida preparándose para Su ministerio público, que apenas duró un poco más de tres años. En el albor de su misión se internó en el desierto

y estuvo allí cuarenta días y cuarenta noches completamente solo, sometido a prueba por el Diablo. Primero tuvo que derrotar al Diablo (Mateo 4:1-11). Si uno primero no se retira a solas con el Señor y vence al Diablo, no consigue nada.

El apóstol Juan escribió el Evangelio que lleva su nombre. Semejante tarea le tuvo que haber demandado algún tiempo con el Señor. Su obra maestra —el Apocalipsis— prácticamente la escribió el Señor mismo durante el exilio al que fue condenado Juan en la isla de Patmos. Vale decir que la obra cumbre del apóstol Juan consistió en dejar que el Señor lo dirigiera, lo dijera y lo revelara todo.

Los campesinos necesitan mucha paciencia y fe. No pueden pretender que todo suceda en un día. Les es preciso esperar pacientemente a que crezcan los cultivos o a que los animales produzcan. La mayor parte del trabajo la hace Dios. Él es quien manda la lluvia, hace salir el sol, hace crecer lo sembrado y hace que los animales produzcan. Lo único que les resta a los campesinos es despreocuparse y confiar en el Señor. Deberíamos seguir el ejemplo de ellos.

Hay quienes siempre tienen que estar activos, siempre haciendo algo. Pero si estamos muy ocupados para orar, estamos excesivamente ocupados. Si estamos tan ocupados que no podemos pasar un rato a solas con Dios, orando, es que estamos demasiado ocupados. Como si el sirviente de un rey le dijera:

—Lo siento, su majestad, pero hoy estoy tan ocupado sirviéndoos que no tengo tiempo de escuchar vuestras órdenes.

La tarea más importante que tenemos es escuchar al Rey.

No le corresponde al Rey andar detrás de Sus siervos gritando y tronando para que hagan lo que Él quiere. Hay que acercarse a Él callada y respetuosamente, presentarle la petición y aguardar la respuesta en silencio. Debemos respetar y reverenciar al Señor, y tratarlo como el Rey que es.

Uno demuestra tener fe deteniendo toda actividad y esperando a que Dios obre. «Estad quietos, y conoced que Yo soy Dios» (Salmo 46:10). «[Os rogamos] que procuréis tener tranquilidad» (1 Tesalonicenses 4:11). «Calle delante de Él toda la Tierra» (Habacuc 2:20). En una ocasión hasta en el Cielo se hizo silencio (Apocalipsis 8:1).

El mundo vive en una prisa constante. Es una conjura del propio Diablo: acelerar el mundo, hacer lo que sea para que todo se mueva más rápido. La velocidad a la que se mueve el mundo apenas si ha variado desde que Dios lo creó. A Dios nunca le entró prisa: la tierra todavía gira a la misma velocidad cada día. Dios no ha acelerado las estaciones ni los años en lo más mínimo. El hombre es el que lo está acelerando todo y, como consecuencia, el mundo va raudo camino de la destrucción.

Aminoremos, pues, la marcha. Tomémoslo con calma. Y sobre todo, detengámonos a escuchar y esperar. Para, mira y escucha. En algunos países se ven letreros así en lugares peligrosos, cruces, pasos a nivel, en puntos críticos en que se produce una alteración de lo habitual, una interrupción de la marcha, un corte de la carretera. De no ser por esas advertencias, atravesaríamos la vía férrea como si nada y podríamos terminar arrollados por un tren expreso.

Algunos dirán: «No tengo tiempo para parar, mirar y escuchar». Pero si no lo hacen, es posible que no lleguen a su destino. ¿Qué es más fácil? ¿Tratar de cruzar antes que pase el tren, abrirse paso a través de él, saltar por encima, o simplemente parar, observarlo mientras pasa, aguardar unos minutos hasta que se aleje y proseguir tranquilamente el viaje?

No da ningún resultado tratar de forzar la situación y empeñarse en abrirse paso. De nada sirve correr de un lado para otro, impacientarse y ponerse nervioso por tratar de llegar a algún sitio para hacer algo, cuando lo que hay que hacer es esperar las instrucciones del Señor y así averiguar sin asomo de duda dónde quiere que estemos y qué quiere que hagamos.

Si estamos apurados, frenéticos e impacientes, no podemos prestar al Señor la atención que debemos para que nos proporcione las soluciones a nuestros problemas y las respuestas a nuestros interrogantes, todo ello a los fines de tomar una decisión acertada en cada situación que se nos presente. Es menester que paremos, miremos, escuchemos y aguardemos en comunión con Él hasta que nos responda. Cuando hayamos aprendido a hacer eso, habremos aprendido a tomar decisiones guiadas por el Espíritu.

Dios da lo mejor de lo mejor a los que dejan que Él elija. •



Procede como si ya tuvieses lo que has solicitado

Virginia Brandt Berg

Una vez que hayas pedido algo a Dios, actúa en consecuencia. Traduce la fe en hechos. Pon a prueba a Dios: demuéstrale que estás tan convencido de que te responderá que vas a proceder como si ya lo hubiera hecho.

Cuando yo oficiaba de pastora en una iglesia de Wagoner (EE.UU.), había una chica llamada Etta que deseaba ardientemente estudiar para misionera. Durante dos años estuvo orando, a la espera de recibir el dinero que necesitaba para costear su matrícula. Sin embargo, el segundo año se endeudó mucho. La situación se vislumbraba imposible.

Etta vino a mí llorando, muy desanimada. Le pregunté si estaba convencida de que era la voluntad de Dios que fuese a estudiar, y me contestó que estaba completamente segura.

Entonces le dije:

—Yo desde luego no dejaría pasar más tiempo. Llevas dos años pidiéndole el dinero al Señor, pero nunca has demostrado con ninguna de tus acciones que das por seguro que Él te lo proveerá. Si creyeses de todo corazón que Él va a responder tu oración y te va a dar el dinero para el pasaje, la matrícula y todo lo demás, ¿qué harías?

—Haría mi equipaje, escribiría al instituto informándoles que voy y haría todos los demás preparativos para marcharme —contestó ella.

—Pues eso es ni más ni menos lo que haría yo en tu lugar. Aférrate

PON A PRUEBA A DIOS



*Has acudido a presentarte ante un Rey:
¡grandísimas peticiones puedes traer!
Su gracia, favor y poder son tales
que es imposible mermar Sus caudales.*

John Newton (1725–1807)

firmeramente a Su promesa y ponte a arreglar todas tus cosas, como si ya tuvieras el dinero en la mano. Cuando se tiene auténtica fe, se obra como si ya se hubiese obtenido la respuesta. Si alguien te prometiera el dinero, tú le creerías. Sin embargo, Dios mismo te ha prometido en Su Palabra darte las peticiones de tu corazón, y tú no le crees.

—No es así, Sra. Berg —respondió la chica—, sí le creo. Voy a demostrarlo. Me iré a casa a hacer el equipaje y preparar mis cosas. Las clases comienzan dentro de poco. Tendré que darme prisa.

A partir de aquel momento Etta no volvió a vacilar. Se dedicó a hacer los preparativos como si ya tuviese los fondos. Estaba convencida de que el Banco del Cielo abriría sus ventanillas en el momento oportuno.

Apenas un día antes de la fecha prevista para su partida, me llamó para decirme que ya tenía preparada la ropa y demás, pero que no tenía maleta. Por teléfono invocamos la promesa de la Escritura que dice: «Dios suplirá todo lo que os falta conforme a Sus riquezas en gloria» (Filipenses 4:19). Seguí trabajando y me olvidé del asunto.

Como una hora más tarde, una amiga me llamó para decirme que estaba limpiando la casa y que, entre varias cosas de las que quería deshacerse, tenía una maleta grande que no le servía. Se le había ocurrido que a lo mejor a mí podía serme de utilidad.

Me reí y le dije que estaba sirviendo un pedido del Cielo, pero que se había equivocado de dirección. El Señor quería que enviara la maleta a

casa de Etta.

La noche siguiente, fuimos varios a despedirnos de ella. En la estación me dijo al oído:

—¿Sabe? Todavía no tengo el dinero, pero estoy de lo más tranquila, porque sé que el Señor ha oído mi oración y que tengo la petición que le hice (1 Juan 5:14-15).

«En algo nos hemos equivocado», pensé. Unos amigos me habían dicho que habían hecho una colecta para ella, pero...

Mientras meditaba en eso, oí el silbido del tren y a lo lejos vi la luz del faro de la locomotora. Noté que Etta me miraba fijamente. ¿Qué podía decirle?

De pronto llegó corriendo uno de los que habían organizado la colecta.

—Estaba trabajando en mi oficina cuando me acordé del dinero que me habían dado para Etta —dijo—. Y traigo un poco más, obsequio de mi esposa y mío.

—Y aquí hay otro poco —dijo otro amigo que acababa de llegar.

—¡Viajeros, al tren! ¡Viajeros, al tren! —gritó en ese momento el revisor.

—Viajeros, al tren de las promesas de Dios —le dije a Etta—. Dio resultado, ¿no?

—Es maravilloso —contestó ella—, es impresionante lo que puede lograr la fe. •

Oración para hoy

Cuando estoy contigo, Jesús, tengo la certeza de que todo va a salir bien, de que Tú te encargarás de resolver cada cuestión. Sé que te ocuparás de todas las cosas que pensaba que tenía que hacer y que dejé a un lado para pasar tiempo contigo, porque me dices: «Ahora puedo hacerlas por ti». Gracias por llevar mis pesos y hacerte cargo de todos los problemas con los que estaría lidiando por mi cuenta de no haber acudido a Ti para encomendártelos.

Cámaras por todos lados, satélites del sistema de posicionamiento global (GPS), microcircuitos implantados debajo de la piel. ¿Elementos de la última película de ciencia ficción? En absoluto. Son temas que aparecen regularmente en las noticias. Es más, muchos de ellos ya ni siquiera son noticia. Sin embargo, hay una novedad que constituye una señal de alerta y merece nuestra atención.

El VeriChip, presentado en diciembre de 2001 por la empresa Applied Digital Solutions (ADS), con sede en EE.UU., ha sido catalogado como el primer microcircuito factible de implantarse en el ser humano.

El chip está diseñado para portar un número de identificación único y otros datos personales (hasta 128 caracteres). Funciona a modo de código de barras personal. Tiene aproximadamente el tamaño de una punta de bolígrafo y es susceptible de ser inyectado mediante una jeringa. Una vez introducido, puede activarse por un escáner externo. Por medio de señales de radio, el chip puede transmitir el número de identificación y la demás información almacenada en él a un teléfono, la Internet o un banco de datos. El dispositivo es similar a los ya implantados en millones de perros y gatos para que sus dueños puedan identificarlos y reclamarlos en caso de extravío. Ya se está comercializando como producto experimental en algunas partes del mundo. El VeriChip viene con un pequeño escáner y un kit para inyectarlo.

Este dispositivo está estimulando la imaginación de la gente. Las reacciones son diversas: en un lado del espectro están los jóvenes a los que les parece bacán y no ven la hora de implantárselo; en el otro extremo, las asociaciones de defensa de las libertades civiles, a las que preocupa que el dispositivo pueda ser empleado algún día por un ente estatal estilo Gran Hermano.



ADS alega que el chip podría salvar la vida a enfermos de Alzheimer que se extravían. Además le vendría como anillo al dedo al personal médico de la sección de urgencias de los hospitales, pues le daría identificación veraz e instantánea sobre pacientes que han perdido el conocimiento o se hallan en estado de shock.

El principal argumento de venta de ADS es que al ofrecer seguridad al usuario, se le proporciona tranquilidad. Por ejemplo, en diversos países de Sudamérica el chip se promueve como medio de identificar y rastrear fácilmente a las víctimas de secuestros. En este mercado, el chip se ofrece junto con el dispositivo personal de GPS producido por ADS, el Digital Angel. Otros posibles usos en el campo de la seguridad son los de rastrear a individuos en libertad condicional, a personas bajo arresto domiciliario y a individuos inscritos en programas de protección de testigos.

Los defensores de Digital Angel lo promueven como un «enlace entre los circuitos electrónicos y humanos». El microcircuito le dura al usuario de por vida. En afirmaciones hechas recientemente por ADS se alega que el VeriChip es superior a las tecnologías biométricas, toda vez

**El que tiene
entendimiento,
cuenta el número
de la Bestia,
pues es número
de hombre. Y
su número es
seiscientos
sesenta y seis
(Apocalipsis:13:18).**

que está implantado y es por lo tanto prácticamente imposible de alterar.

Los críticos del chip expresan inquietud ante el espectro de que se le inyecte a alguien contra su voluntad, quizá subrepticamente durante una vacunación de rutina. Además les preocupa la posibilidad de que las autoridades hagan obligatorio su uso como medio de identificación.

El presidente de ADS, Richard Sullivan, manifestó que ve la posibilidad de emplear el dispositivo en niños, ancianos, presidiarios y en personal de aeropuertos y plantas nucleares. «La sociedad en general también podría adoptarlos en vez recurrir a tarjetas electrónicas o de crédito», añadió. Otras personas que se muestran favorables a los implantes de chips en seres humanos afirman que no tienen nada que ocultar, por lo que no les importaría portar uno de esos microcircuitos para efectos de identificación. Alegan que si ya tienen cédula de identidad, ¿por qué no implantarse un chip?

Todo esto adquiere un espe-luznante parecido con la siguiente profecía del Apocalipsis: «Hacia que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se les pusiese una marca en la mano derecha, o en la frente; y que ninguno pudiese comprar ni vender, sino el que tuviese la marca o el nombre de la Bestia, o el número de su nombre. Aquí hay sabiduría. El que tiene entendimiento, cuenta el número de la Bestia [el Anticristo], pues es número de hombre. Y su número es seiscientos sesenta y seis (Apocalipsis 13:16-18).

Independientemente de quién esté generando la atención mediática que recibe el VeriChip —ya las siniestras fuerzas espirituales que preparan el camino para el Anticristo, ya los capitalistas ávidos de crear una industria multimillonaria, o ambos—, el objetivo es el mismo: acostumar a la gente a la idea para que la trague.

Es la típica estrategia de publicidad. Cuanto más ve la gente que se promueve un producto, más atractivo se vuelve. A la larga todos terminan por convencerse de que lo necesitan.

Otros efectos son igual de previsibles: A medida que más personas acepten los implantes de chips en seres humanos, las objeciones de quienes disciernen a qué nos van a llevar se verán inicialmente desacreditadas y luego descalificadas como manifestaciones de histeria irracional de sectores marginales y paranoicos de la sociedad.

Si bien es posible que el VeriChip no sea la «marca de la Bestia», sin duda constituye un gran paso en esa dirección.

Sus defensores dicen que los implantes de chips pueden certificar la filiación de una persona, garantizar una adecuada atención médica, reducir la delincuencia, hacer más expeditas las transacciones financieras y simplificar la vida cotidiana. Todas esas afirmaciones son ciertas.

Pero hay algo más, o al menos lo habrá a futuro. La marca de la Bestia tendrá ramificaciones espirituales, no sólo de orden práctico. «Si alguno adora a la Bestia y a su imagen, y recibe la marca en su frente o en su mano, él también beberá del vino de la ira de Dios» (Apocalipsis 14:9-10). Recibir la marca de la Bestia no será una decisión puramente económica, sino que implicará también aceptar y adorar al Anticristo y manifestar lealtad a su régimen mundial contrario a Dios. Eso es lo que irá implícito en los implantes de microcircuitos, y que la mayoría de sus defensores no captan u optan por desestimar.

¿Y tú? ¿Pertenece a Jesús y por tanto te negarás a aceptar la marca de la Bestia? El momento de prepararse para esos acontecimientos es ahora. Basta que reconozcas a Jesús como Salvador. •

criar con el corazón

Lidiar con lo inesperado

Jasmine St. Clair

Mi marido y yo oramos diariamente por la seguridad de nuestras hijas. No me cabe duda de que esas oraciones les han evitado más de un accidente. Por otra parte, es posible que yo siempre haya considerado a mis hijas como excepciones, no a las normas —por Dios—, sino en el sentido de que me parecía que nunca cometían las típicas tonterías infantiles que pueden provocar accidentes o daños.

Por ejemplo, llevarse cosas a la boca.

Me imagino que debí haber tomado en cuenta la señal de advertencia. Laura, de dos años y medio, había tomado una monedita del suelo y se la había metido alegremente en la boca. Afortunadamente, estaba muy cerca de mí. Se la saqué y le di su correspondiente regaño, en el cual incluí una explicación de todas las consecuencias nefastas que puede tener el tragarse una moneda.

Aun así, nada podría haberme preparado para lo que sucedió aquella noche.

Mi esposo y yo nos estábamos preparando para salir. Habíamos atenuado la luz del cuarto de las niñas, y ellas daban vueltas en sus camas como de costumbre. ¿Estarían dormidas para cuando llegara la chica que venía a cuidarlas? Seguramente no.

De golpe Kimberly gritó:

—¡Mamá, Mamá! ¡Laura se está atragantando!

Tomé a Laura y le pregunté a Kimberly qué había pasado.

—Laura se tragó una moneda —me respondió.

Se me puso la mente en blanco. Había leído y vuelto a leer —probablemente cinco o seis veces— un artículo que explicaba cómo auxiliar a un niño que se atraganta. Pero en el instante en

que más lo necesité, no logré recordar una sola palabra. Llevé a Laura al pasillo, donde había luz, y pedí auxilio a gritos.

Gracias a Dios, no sucedió lo peor. Laura comenzó a toser. Recordé que si un niño atragantado logra toser, normalmente con la tos expulsa el objeto que se le ha atascado en la garganta.

Dos o tres segundos después cayó al suelo una moneda de 25 centavos (tamaño mediano) que ella había expulsado de su boca. Yo no lograba contener el llanto ni podía dejar de agradecerle al Señor Su misericordia.

Mucho después que las niñas se hubieron acostado entre llantos, abrazos y expresiones de cariño fraternal, por mi cabeza empezaron a circular todos los posibles desenlaces de aquel episodio.

Un niño que se atraganta no puede pedir ayuda. El cuarto estaba en penumbra. Yo apurada por alistarme para salir; mi esposo esperándome abajo. ¿Y si Kimberly no se hubiera dado cuenta de que Laura se estaba atragantando? ¿Qué habría pasado si en lugar de una moneda mediana, como la que se tragó, hubiera sido una más pequeña, de un centavo, como la que encontré en su cama la segunda vez que la arrojé? Una moneda más pequeña fácilmente podría haberse atascado en la garganta. ¿Habría logrado sacársela antes que fuera tarde? ¿Qué habría pasado si ya nos hubiéramos marchado y la niñera no hubiera escuchado a Kimberly pedir auxilio?

Ahora soy una madre más prudente y precavida. He aprendido a no suponer que mis hijas nunca harán tonterías infantiles que puedan ponerlas en peligro. Además, aprecio mucho más el amor y la misericordia de Dios, Sus ternos cuidados, y en particular la forma en que responde cotidianamente a nuestras oraciones por la seguridad y el bienestar de nuestras hijas. Cuando nos enfrentamos a situaciones inesperadas que prácticamente escapan a nuestro control, contar con Jesús y la oración es de capital importancia. •

Se me puso la

mente en blanco.

Llevé a Laura al

pasillo, donde

había luz, y pedí

auxilio a gritos.

e-mail con Jesús

Cierta vez en que un amigo cercano viajó a otro país, me embargó una sensación de soledad. Me preocupaba que no iba a tener a nadie con quien conversar, a quien pedir consejo o a quien contarle mis cosas. Si bien extrañaba mucho ese vínculo especial con una persona a la que estimaba, pronto descubrí que podía tener esa misma conexión íntima con Cristo.

Decidí levantarme más temprano todos los días para poder leer la Palabra de Dios durante una hora y escuchar a Jesús en profecía antes de hacer ninguna otra cosa. Esos ratos se han convertido en mis ratos de conversación con Jesús. Y me han resultado de lo más provechosos.

Dado que mecanografió más rápido de lo que escribo a mano, hago lo siguiente en mi computador. Comienzo escribiendo una oración en la que me desahogo con Jesús, tal como si le estuviese escribiendo una carta o un mensaje de correo electrónico. Le cuento lo que me pasa, lo que espero que el día me depare y cualquier cosa que me esté turbando. Naturalmente, Él ya sabe todo eso, pero me hace mucho bien encomendárselo todo en oración. Cuando escribo: «Amén», es como si apretara el botón de enviar en mi programa de e-mail. Mi oración, al igual que un mensaje electrónico, ha salido con rumbo a los salones del Cielo para que Jesús la lea.

Es genial. Pero mejor aún es que

no tengo que esperar la respuesta horas, ni días, ni semanas. En cuanto envío mi e-mail, me viene la respuesta. Simplemente escribo el mensaje a medida que Jesús me habla al corazón. Sus mensajes casi siempre contienen todas las soluciones, el consuelo, las directivas, la paz y la inspiración que necesito para hacer frente a la jornada. Si me falta algo, envío otro mensaje a Jesús y le pido que me amplíe la información para llenar las lagunas que pueda haber, y Él lo hace.

Esos ratos íntimos con Jesús por la mañana me han hecho tanto bien que me he acostumbrado a escribirle dos veces al día, sobre todo cuando surgen situaciones imprevistas y necesito Su opinión o consejo. Normalmente no me toma sino unos minutos. Los consejos y soluciones claros y sencillos que me da siempre justifican con creces el tiempo empleado.

Ahora disfruto de la compañía y confianza de nuevos amigos y compañeros de trabajo, pero me he aficionado a mi intercambio de correo electrónico con Jesús. Esas cibernetas son ahora mi modo habitual de expresarle cuánto lo amo, lo necesito y dependo de Él, y también una ocasión ideal para agradecerle todo lo que hace por mí. A cambio, Él me contesta con todo lo que necesito para salir airoso de las situaciones difíciles que se me presenten durante el día. Ese aspecto también me gusta mucho. •

RESPUESTAS

a tus interrogantes

P.: Me han dicho que la oración es eficaz, que cuando rece, Dios me responderá. ¿Por qué entonces algunas de mis oraciones no son respondidas?

R.: **Todos sufrimos decepciones cuando las cosas no resultan como esperábamos.** Si encima no se produce un desenlace por el que hemos orado, la decepción es mayor. Primero, porque no obtuvimos lo que queríamos; y segundo, porque nos da la impresión de que Dios nos ha fallado.

Aun cuando hay motivos evidentes y lógicos por los que algo no ha salido como esperábamos, no acabamos de comprender por qué Dios no nos concede de todos modos nuestra petición. Al fin y al cabo, si es Dios, puede hacer cualquier cosa, y si nos ama tanto como lo afirma la Biblia, ¿por qué no ha de contestarnos? En casos así, es fácil achacarle a Dios que no ha respondido nuestra oración.

Aunque no está bien interpelar a Dios de forma acusadora, sí conviene preguntarle por qué las cosas no resultaron como esperábamos. Eso nos ayudará a obtener mejores resultados la próxima vez.

Lo primero que hay que tener en cuenta es que Dios tarde o temprano siempre hará lo que más conviene para todas las personas afectadas y que en ningún caso dejará de cumplir las promesas que nos ha hecho en la Biblia. En cambio, nosotros sí somos falibles y a veces no cumplimos. Hay que tener en cuenta también que al concedernos Dios libre albedrío, Sus respuestas están supeditadas a lo que nosotros u otras personas elijamos o decidamos.

He aquí algunas preguntas que nos podemos plantear cuando parezca que nuestras oraciones no hallan respuesta:

- ¿Mi petición estuvo motivada por amor desinteresado? ¿Tuvo en cuenta el bienestar de todos los afectados?
- ¿Tuve fe e invoqué promesas de la Palabra de Dios?

- ¿Además de rezar puse todo de mi parte para que se produjera el resultado deseado?
- ¿Se vio Dios impedido de hacer lo que le solicité a causa de las decisiones de terceros?
- ¿Será que todavía no era el momento propicio para que Dios respondiera o que no era eso lo que Él había dispuesto para mí?
- ¿Se demostrará a la larga que Dios escogió lo que era mejor?

Los retrasos de Dios no son rechazos.

Dios responde sin falta a nuestras oraciones, mas no siempre de inmediato ni como esperábamos. A veces dice que sí, a veces dice que no, y otras dice: «Espera». Cuando oramos por otras personas, inciden diversos factores, entre ellos tú y tu situación, Dios y Su voluntad, y la situación de aquellos por quienes oras. Tú no determinas por completo el resultado de tus propias oraciones; los demás tampoco; y Dios se ha impuesto limitaciones para no ejercer un dominio total. Naturalmente, por eso a veces la respuesta no es inmediata. Cuando las condiciones sean idóneas para el resultado que Dios considera óptimo, Él actuará. Así que no dudes ni por un instante que Dios te va a responder. Confía en Él y agrádecele la respuesta aunque no la veas inmediatamente.

David Brandt Berg

Si aún no has logrado establecer esa comunicación recíproca con Dios que hemos descrito en las páginas de esta revista y que tantos beneficios te puede proporcionar, quizá se deba a que no has dado todavía el primero y más importante de todos los pasos: recibir a Jesús en tu corazón. Jesús es el nexo entre Dios y nosotros. Puedes establecer ese vínculo ahora mismo invitando a Jesús a entrar en tu corazón. Él dice: «Yo estoy a la puerta [de tu corazón] y llamo. Si alguno oye Mi voz y abre la puerta, entraré a él» (Apocalipsis 3:20). Haz simplemente la siguiente plegaria:

Jesús, moriste por mí para que yo viviera eternamente. Te lo agradezco. Te ruego que me perdones todas mis malas acciones y mi desconsideración. Entra en mi corazón, dame la vida eterna y llévame a conocerme mejor y descubrir el amor de Tu Padre. Gracias por escucharme, por responder a esta oración y porque a partir de ahora estarás siempre conmigo. Amén.

AVANCE...

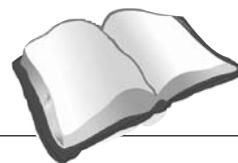
La victoria no se reduce a cruzar la meta... sino que consiste en luchar contra la oposición hasta alcanzarla. Ese principio se aplica tanto a la vida espiritual cristiana como a las competencias deportivas, aunque con una salvedad: En la lucha espiritual la victoria se la adjudican quienes dependen de las fuerzas y de la capacidad del Señor en vez de apoyarse en sus propios recursos.

Para ser un cristiano *vencedor* no puede uno acomodarse como un espectador más; hay que ponerse en forma espiritualmente y conservar ese estado. Para salir campeón hay que entrenar como un campeón. En términos contemporáneos, el apóstol Pablo lo diría de la siguiente forma: «En una carrera corren todos, pero solo una persona obtiene el primer premio. Para salir vencedor es preciso, pues, correr la carrera. Quien pretende ganar la competencia debe dejar a un lado todo lo que le impida rendir al máximo. Un atleta hace todos esos sacrificios para ganarse una cinta azul o una copa de oro. En cambio, nosotros lo hacemos para obtener una recompensa celestial que nunca desaparecerá. Yo corro derecho hacia la meta y pongo todo mi empeño en cada metro que avanzo. Compito para ganar. No corro por correr ni me lo tomo a la ligera» (1 Corintios 9:24-26).

En el próximo número de *Conéctate* hablaremos de cómo hacer frente a la adversidad y salir airoso. ¡No te lo pierdas! •

LECTURAS ENRIQUECEDORAS

Para orar con eficacia



Alaba y da gracias al Señor antes de hacerle peticiones.

Salmo 95:2
Salmo 100:4
Filipenses 4:6

Sé explícito y pide lo que necesites.

Mateo 7:7-8
Mateo 21:22
Juan 16:24
Santiago 4:2b

Reza en el nombre de Jesús.

Juan 14:13-14
Juan 16:23

La oración también implica escuchar a Dios.

Números 9:8
1 Samuel 3:9-10
1 Reyes 19:11-12

Ora con fe.

Mateo 21:21-22
Marcos 11:24
Romanos 4:21

Hebreos 11:6
Santiago 1:5-7

Obedece a Dios y haz Su voluntad.

Juan 9:31
Juan 15:7
1 Juan 3:22

Sométete a Dios y procura que tu oración sea acorde con Su voluntad.

Salmo 143:10
Mateo 6:10
Lucas 22:42
Juan 5:30
1 Juan 5:14

Reza con humildad.

Daniel 9:18b
Lucas 18:10-14
Santiago 4:6

Cuando ores, recuérdale a Dios Sus promesas.

Génesis 32:6-12
Nehemías 1:4-11

PARA MEDITAR...

DE JESÚS, CON CARIÑO

¿Cómo te sentirías si nunca recibieras una comunicación de la persona que amas, ni siquiera una breve nota? ¿No te dolería? O ¿cómo te sentirías si transcurriera todo un día sin que tu cónyuge te dirigiera la palabra?

Pues bien, tú eres esa persona a la que Yo amo, y cuando no oigo una sola palabra de ti, se me desgarran el corazón. Me hace pensar que el afecto que sientes por Mí no es tan profundo como el que siento Yo por ti. No te olvides de Mí ni de comunicarte conmigo. Sé que a veces, con todo lo que tienes que hacer y todas las cosas que ocupan tus pensamientos, puede parecerte un sacrificio orar; pero recuerda que es un sacrificio del que me agrado.

La oración te une a Dios. Te pone en contacto con la Fuente de energía. Orar es establecer un nexo conmigo y con Mi amor. Por medio de la oración tú y Yo nos fundimos, y así puedes conocer Mi parecer sobre lo que sea que te preocupe. La oración hace descender Mi paz sobre ti. Te levanta el ánimo. Mueve Mi mano y me estimula a actuar. Sana, reaviva, regenera, edifica. Altera el curso de los acontecimientos. Es la gracia salvadora de la humanidad. Así que no la descuides. Medita en esto.

